

original también, que atropelló reglas e inventó vocablos cada vez que las unas le estorbaron, o que juzgó los otros serle necesarios; pero que es en definitiva a mi parecer una de las contadas figuras interesantes que ofrecen las bellas letras en España durante los años finales del siglo XVIII y los primeros del XIX.

Refiérome á don Nicasio Álvarez de Cienfuegos, escritor muy digno en realidad de verse colocado, si no a la misma altura, no muy lejos del puesto que por méritos diversos ocuparon durante el mismo período: don Gaspar Melchor de Jovellanos, el mejor prosista de su época, don Leandro Fernández de Moratín, cómico y satírico de orden elevado; y el que se reconocía él mismo discípulo de Cienfuegos, el gran Quintana, lírico sin disputa no inferior en su línea a ninguno de cuantos en su patria vivieron y escribieron antes».

**Gladys Fairfield**, novela por ALBERTO BLEST GANA (París, Garnier Hermanos, 1912). Abriendo al acaso, leemos (página 5):

«Alta y airosa en sus movimientos Mrs. Fairfield personificaba, con la inconsciente arrogancia de su porte y de sus maneras, el tipo prestigioso de la mujer norteamericana, al que las distintas razas que lo forman parecen haber contribuido cada una con sus más aventajadas cualidades. Belleza de conjunto, que se escapa a la prolijidad de un análisis de detalle; esbeltez, soltura y gracia, combinadas en seductoras proporciones; pequeño rostro, coronada la frente de abundante cabellera; fino cutis de diáfana pureza; franco mirar de serena confianza en las dichas de la vida; altiva frente, cuello erguido, boca dócil al reír, sin las nerviosas contracciones de la coquetería: mujer enérgica en el sentimiento y en la acción».

**Peut-on rester chrétien?**— Conferencia de OTTO KARMIN, Doctor en Filosofía, Privat-docent en la Universidad de Ginebra, encargado de curso en el Colegio Libre de Ciencias Socia-

les de París. Acompañan las réplicas de Carlos Byse (pastor consultante), de Sublet-Lugrin (jefe de instituto), de Fernando Barth (agente de las Uniones Cristianas) y de Luis Emery (profesor de teología) y las contrarréplicas del autor.—¿Puede uno seguir siendo cristiano? se pregunta el eminente conferencista. Demuestra primero que el dominio de la *fé pura* es distinto del dominio de la *ciencia pura*, es decir, de la ciencia sin idea preconcebida. Demuestra luego que tampoco el arte tiene que ver con el cristianismo. Hace después una excursión en el país de la ética y prueba que el cristianismo y la moral no son de la misma esencia, y que pueden marchar mano a mano tanto como pueden también combatirse. Concluye así:

«Si se limita el cristianismo a una experiencia *puramente sentimental*, no hay inconciliabilidad con otros hechos, puesto que esos otros hechos son eliminados.

«Si se admite no sólo la posibilidad sino también la realidad de una verdad contradictoria a sí misma, no hay inconciliabilidad entre la lógica y el cristianismo, puesto que la lógica, por la misma suposición hecha, es eliminada.

«Si, al contrario, se considera que no puede haber verdad contradictoria á sí misma, que la lógica debe regir toda operación intelectual, científica u otra, que pretenda a verdad, entonces la incompatibilidad está dada y PRECISA: O RENUNCIAR A TODO RAZONAMIENTO, O RENUNCIAR A LA LÓGICA, EN EL RAZONAMIENTO O RENUNCIAR A SER CRISTIANO».

Particularmente nos ha interesado la contrarréplica al profesor Emery. Concede éste que hay individuos que son a la vez ateos y de un gran valor moral; pero sostiene que «la causa de su moralidad no está en su ateísmo, sino en su temperamento, en su educación, en su mentalidad». —«Perfectamente cierto, contesta Karmin; pero entonces se podría quizás reemplazar el cristianismo con alguna cosa que tenga sus ventajas morales sin tener sus inconvenientes intelectuales».